
NECROLÓGICAS

Álvaro Huerga Teruelo (1923-2018) *in memoriam*

Tuvimos la suerte de conocer personalmente al padre Huerga con motivo de una conferencia que pronunció en la Universidad de Baeza (UNIA) en el mes de mayo de 2009 bajo el título de «San Juan de Ávila, doctor de la Iglesia». No podíamos imaginar entonces que escribiríamos este obituario de una personalidad tan señera como el padre Teruelo, a quien conocíamos desde mucho antes por la lectura apasionada de sus libros sobre la espiritualidad en el siglo XVI, de Fray Luis de Granada en particular, junto con el gran tema de los alumbrados de Baeza, asuntos en los que fue consumado especialista de relevancia mundial. Tuvimos entonces ocasión de conocer, convivir y conversar profundamente con el profesor Teruelo, admirado desde hacía muchos años, conocedor como nadie de tan intrincada materia como los movimientos espirituales del XVI, de tan honda repercusión en el pensamiento español de los siglos posteriores. Tal vez su estudio más importante en este sentido sea su famosa *Historia de los alumbrados*, que fue componiendo y publicando pacientemente a lo largo de más de veinticinco años (1978-1994), obra de lectura inexcusable para quienes nos hemos movido en algún momento de nuestras investigaciones en torno a Teresa de Jesús, Juan de Ávila, Fray Luis de Granada o el mismo Juan de la Cruz. Años antes de aquella entrevista, tan larga como fructífera, había tenido lugar la concesión al profesor Teruelo del premio «Cronista Cazabán», del Instituto de Estudios Giennenses, galardón muy prestigioso, que se continúa convocando y que él ganó en 1976, con un estudio sobre los alumbrados de Baeza, parte de su trabajo más amplio, y que presentó al referido concurso, casi por casualidad, con el título de *Los alumbrados de Baeza*. Ni que decir tiene que obtuvo el premio con todo merecimiento y que vio la luz en forma de

libro dos años después. Este trabajo supuso mi primer contacto real con él, que desde entonces se convirtió en maestro y guía de mis preferencias intelectuales.

El profesor Huerga ya era muy conocido en los medios por sus múltiples investigaciones, que continuó publicando sin interrupción hasta el día de su muerte con un espíritu vocacional y «laboral» fuera de lo común, que le permitió ganar cada vez mayor prestigio en el ámbito intelectual del que ya tenía conseguido desde su tesis doctoral sobre Fray Luis de Granada y que culminó con la edición de las obras completas del famoso dominico nada menos que en cincuenta y dos volúmenes (asusta escribirlo), que culminó en 2007 con la aparición del último tomo, dedicado a los índices. La presentación de estas *Obras Completas* tuvo lugar nada menos que en la Biblioteca Nacional de España, bajo el auspicio de los dominicos de Andalucía, ya en mayo de 2008. La responsabilidad de esta edición, crítica y completa, corrió a cargo de quien ya era desde hacía muchos años catedrático de la Pontificia Universidad Católica de Puerto Rico, paleógrafo, archivero, diplomado en humanidades clásicas y tantos y tantos más laureles académicos.

De la importancia de su edición luisiana da cuenta el siguiente dato: pese a que fray Justo Cuervo había editado entre 1906 y 1910 las obras del dominico, no se incluía su producción latina (tan interesante) y no se había abordado jamás una edición crítica y moderna de esas obras completas, incluyendo las escritas en castellano, las bilingües en castellano y portugués y, por supuesto, en castellano y latín. Esto fue lo que abordó el padre Teruelo en empresa de primera magnitud mundial. Además de ello hay que constatar otras obras del mayor interés, como su *Episcopologio de Puerto Rico*, su citada *Historia de los alumbrados*, numerosos trabajos sobre la orden dominicana, su *Santo Tomás teólogo de la vida cristiana*, los varios dedicados al reformador y profeta de la implantación de la Iglesia en el nuevo mundo *Fray Luis de Granada, una vida al servicio de la iglesia*, *Los dominicos en Andalucía*, la *Vida y obra de Fray Bartolomé de las Casas*, su espléndido estudio *Predicadores, alumbrados e inquisidores en el siglo XVI*, su *Savonarola reformador y profeta*, etc., etc. Toda esta ingente obra ha corrido a cargo de este genuino investigador que se nos acaba de ir, que dedicó sus últimos años a coordinar y dirigir al grupo de especialistas que se ocupó del inmenso trabajo de la publicación de estas *Obras Completas* de Fray Luis de Granada, llevada a término gracias al patrocinio de la Fundación Universitaria Española y de los dominicos de Andalucía.

Pero esto no es todo. Resulta casi imposible una cita exhaustiva de su ingente aportación global, constituida por decenas de artículos de primera calidad, como «El alumbradismo del tribunal de México en la época de Felipe II», «La preinquisición americana (1516-1568)», «La obra intelectual de la Orden de Predicadores en América», etc., etc. Y, junto a ello, su hombría de bien, su

compromiso con los pobres, su apostolado en América, la probidad y la honradez de quien se yergue como ejemplo de rigor y humanidad, con una peripecia humana tan comprometida siempre, que da fe de la auténtica talla personal del profesor Teruelo, tan recatado para revelar datos su vida, que siempre renunciaba a darlos y por eso fue tan desconocido fuera del ámbito de los investigadores o de los dominicos.

Hoy sabemos que tuvo la suerte de contar con un excelente maestro en su pueblo natal, Nogarejas (León), en el valle del río Ería, que influyó de manera decisiva en él. El estallido de la Guerra le condujo al estudio de las humanidades casi sin quererlo, en la «preceptoría» de Astorga, donde se enamoró del latín desde el principio, lo que lo convirtió en un humanista convencido, que traducía y escribía a los clásicos con soltura a los 15 años y que se permitió aprender el griego, que tanta «tirria» le daba al principio, por el solo deseo de leer a Homero en su lengua original. Recordaba mucho después aquellas tardes interminables en que aprendió casi de memoria a Virgilio y a Horacio. «Las humanidades –dijo– me han gustado siempre mucho. Creo que una de las cosas que les ha pasado a los teólogos, dentro de la orden dominicana, es que han cultivado poco la literatura». Esta expresión, en apariencia inocente, aclara sus diferencias personales, pues el padre Teruelo fue un gran humanista, de todos los géneros y de todos los tiempos, incluso de los contemporáneos (no exageramos) que ya se permitía frecuentar con quince años.

Su vocación religiosa fue «circunstancial». En especial se debió a su madre. Él lo comentaba con cierta ironía: «Por lo que respecta a mi vocación, todo se lo debo a mi madre. En broma digo que vocación la tuvo mi madre. Estas cosas son como de familia. Al tener un tío, un hermano de mi mamá, sacerdote dominico, me mandaron allí para que también fuera sacerdote...». Llega a Salamanca para acabar sus estudios de teología y muy pronto, en 1948, fue ordenado. Al año siguiente obtuvo el grado de lector, se formó de verdad, en contacto con personalidades de la talla del padre Colunga, que será el que culmine su auténtica formación teológica. De sus recuerdos salmantinos destaca también el del profesor Santiago Ramírez, que residió en Roma, fue profesor en la universidad del estado de Friburgo (Suiza), miembro de la comisión teológica del Vaticano II y a quien califica como «un pozo de ciencia». De la etapa salmantina señala también entre sus mentores al padre Venancio Carro, fundador de la Biblioteca de Teólogos Españoles.

De su estancia en Roma, muy larga y fructífera, de casi cincuenta años, se cuenta que comenzó impartiendo sus lecciones en latín, idioma que hablaba muy bien, con corrección y elegancia elogiadas por todos, y en el que escribirá los artículos que ya le solicitaban para la revista *Angelicum*. Fue un «pozo de ciencia» de verdad y a todos los niveles. Se sintió tan hondamente «tomista», que incluso

llegó escribir un libro titulado *Santo Tomás, teólogo de la vida cristiana*. Allí, en Roma, comenzó a aquilatar su pasión por Fray Luis de Granada, a quien consideraba un maestro en todo y que no dejó ya a lo largo su vida, constituyéndose en la base de su verdadera vocación científica. Allí redactó su tesis doctoral sobre el discípulo avilino, lo que le permitió completar sus saberes en diplomática, archivística, historia y hasta retórica. Tuvo la suerte de conocer a Ives-Marie Congar (1904-1995), y recibir el magisterio a distancia del entonces cardenal Wojtyła (el san Juan Pablo II actual). Se cuenta una anécdota que da cuenta del aprecio en que se tenían sus saberes en la capital del cristianismo, algo fundamental que no debe faltar en este Obituario «sentimental». En su primera etapa romana, cuando le dirigía la tesis doctoral el Padre Garrigou-Lagrange, tuvo ocasión de adentrarse en el pensamiento de Wojtyła y cuando este fue nombrado papa, en octubre de 1978, ya el padre Teruelo residía en Puerto Rico. Se constata la rapidez con que hubo de regresar a Roma para traducir la tesis doctoral de Wojtyła, que ahora experimentaba una inusitada demanda comercial tras su nombramiento y que «nadie podía traducir como Huerga», dados sus conocimientos tanto de latín como del personaje. «Me escribieron diciendo que volviese pronto, porque había que traducir la tesis del papa. Fui y la traduje del latín, y para el mes de marzo del año siguiente ya estaba publicada. La editaba la BAC y llevaba una introducción». Se trataba, obviamente, del libro *La fe según San Juan de la Cruz*. Pero es que Huerga intervino de manera directa en la disposición de los contenidos de aquella tesis e incluso se permitía opinar sobre lo que estaba mejor o peor del libro y estructurarlo a su manera, dado que el papa la había redactado en menos de un año de un esfuerzo descomunal y que su director le había obligado a añadir nuevos capítulos precipitadamente.

Otra etapa fundamental de su vida fue la granadina. Residió en Granada entre 1953 y 1960, ciudad y ocupaciones tan diferentes a las romanas. Fue el regente de estudios del Colegio Mayor Santa Cruz La Real, participó en la vida social y cultural de la Granada de entonces, cuyo nivel se propuso aumentar, comenzando por los gitanos del Sacromonte, a los que profesó particular cariño, que estos le devolvieron cumplidamente. Colaboró en todos los medios de comunicación granadinos, comenzando por los periódicos *Ideal* y *Patria*, e incluso fue director diocesano de radio y de la incipiente televisión. Si el Padre Teruelo había tenido otras etapas (la más larga y fructífera para su formación fue la romana), la más humana y profunda para su compleción espiritual fue la granadina, de auténtico apostolado con aquellos pobres gitanos del Sacromonte.

Por supuesto, la de mayor repercusión personal, científica y universitaria fue la de Puerto Rico, que duró también mucho tiempo y de cuya universidad

fue un catedrático relevante, que *llegó a dirigir más de 200 tesis doctorales*, cifra que nos parece verdaderamente increíble y que nos permite valorar lo que fue un intelectual de los de antes, comprometido con tan ímprobo trabajo que solo podemos valorar quienes nos dedicamos profesionalmente a esto, además de su compromiso con la institución, con Puerto Rico, donde transcurrieron los últimos cuarenta años de su vida. La experiencia americana fue para él excepcional, porque le permitió conocer desde Canadá hasta Argentina e impartir cursos en Chile, conferencias en Buenos Aires y en Perú, aunque siempre se centró más en el Caribe. Incluso jubilado siguió trabajando con denuedo, impartiendo nuevas conferencias y publicando sin cesar. Él nos decía que así se lo habían permitido: «Puerto Rico me ha descubierto América, con cursos también en México. Propuse dar clase un semestre y tener el otro libre para mis investigaciones». Así fue como pudo compaginar ambas cosas, además de su labor de apostolado, que nunca dejó. Allí publicó cuanto fue capaz, sobre todo en torno a personajes tan desconocidos como valiosos, a los cuales había dedicado a la altura del año 2000 más de cuarenta monografías: a Alonso Manso le dedicó un tomo entero, a Arizmendi otro. Eso le permitió conocer la historia de la religiosidad de los caribeños como nadie ha conocido jamás, manejando fuentes de primera mano, rindiendo con ello un impagable servicio al conocimiento universal de las Indias.

Pero como todo buen filólogo –y el Padre Huerga lo fue– hubo de predicar con el ejemplo y no pudo aportarnos mayor ejemplo que las *Obras Completas*, en 52 volúmenes, de Fray Luis de Granada que venimos diciendo. Fue una empresa arriesgada, poco productiva económicamente, que se le metió entre ceja y ceja culminar pensando que era una auténtica necesidad cultural. El resultado fue una obra humanística de primera magnitud mundial. Decisiva fue también su relación con la Fundación Universitaria Española y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que lo consolidó para siempre en el mundo de la ciencia espiritual. Se le ofreció la tarea de suceder al Padre Garrigou en la cátedra del *Angelicum*, uno de los destinos más prestigiosos para cualquier personalidad que se dedique al mundo de la religión. Fue nombrado «Maestro en Teología», una especie de cátedra de reconocimiento a toda una vida. Le solicitaron impartir docencia en numerosas universidades, incluida la Pontificia de Salamanca, que rechazó. Pero, cuando le solicitaron impartirla en América, aceptó sin la menor vacilación. Curiosa paradoja del Padre Teruelo.

Y, por fin, un aspecto que estimamos novedoso y reseñable: destacan sus estudios sobre la figura de Santa Teresa (cosa nada extraña) pero sí sobre la función de la mujer en la Iglesia, que nos lo sitúan como uno de los primeros feministas convencidos de la Iglesia Universal: «El tema de la mujer –dejó dicho– me ha

interesado siempre. Desde estudiante he sido muy feminista, quizá por el cariño que le tengo a mi madre». Era muy consciente –y lo deploraba en extremo– de que las tres grandes religiones monoteístas no habían sabido valorar a la mujer y que esto había que enmendarlo como fuera. Pocas veces aparecen en la historia personalidades de la talla de Álvaro Huerga Teruelo. Por eso su muerte nos deja un vacío que difícilmente podremos colmar.

Dámaso CHICHARRO
Catedrático de la Universidad de Jaén

Arturo Virgilio Dávila Rodríguez (1929-2018) *in memoriam*

Fue un erudito en el campo de la historia del arte, de la historia de Puerto Rico y en el campo de la historia eclesiástica. Además de eso... era un cultivador exquisito del idioma como ya quedan pocos, lo era oralmente y en su prosa¹.

Arturo Virgilio Dávila Rodríguez nació el 23 de agosto de 1929 en Santurce, Puerto Rico. Era hijo de Arturo Dávila Morales y Victoria Rodríguez Morales y nieto del poeta Virgilio Dávila Cabrera. Al quedar huérfano de padre a los tres años, su crianza quedó a cargo de sus tías abuelas maternas. De esta forma, recibió la influencia de la piedad religiosa católica de finales de siglo XIX, entre otros conocimientos que sirvieron para estimular su intelectualidad precoz. Cursó sus estudios primarios en la Escuela Rosendo Matienzo Cintrón y los secundarios en la Escuela Superior Central. Estudió solo un año en la Universidad de Puerto Rico (1946-1947). En 1947, obtuvo una beca del Instituto de Cultura Hispánica, para estudiar en la Universidad Central de Madrid, hoy Universidad Complutense. Sin embargo, en su corazón ardía el deseo de ser sacerdote por lo que en 1949 cesó en sus estudios universitarios e ingresó en el Seminario de Vocaciones Tardías de Santiago Apóstol en Salamanca. Una enfermedad pulmonar y una crisis vocacional hicieron que Dávila Rodríguez abandonara para siempre su vocación en 1951. Posteriormente, retomó sus estudios en la Universidad Central de Madrid.

¹ Palabras de José Luis Vega, director de la Academia Puertorriqueña de la Lengua Española, citadas por Carmen Dolores HERNÁNDEZ, *In memoriam: Arturo Dávila (1929-2018)*, en *El Nuevo Día*, 5 de junio de 2018, p. 41.